

Entrevistas a médicos: perfiles autobiográficos

Primera entrega (Anales 377)

En el número 377 de *Anales*, Pablo Cuvi entregó las entrevistas realizadas a tres médicos, que fueron profesores destacados de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Central, entrevistas que configuran una novedosa aproximación a la vida y obra de estos maestros. El trazo general de las entrevistas es un boceto que combina la experiencia docente y la actividad profesional, del cual surge un cuadro teñido con las vivencias comunicadas por los mismos protagonistas. El entrevistador interroga para suscitar una evocación personal que desde la distancia de los años tiene la emoción y la imprecisión que suele asediar a la memoria.

Un interés del entrevistador, que atraviesa las tres biografías, es explorar la posición y el pensamiento de los maestros en los agitados años sesenta del siglo pasado. Tal vez, este interés revela la necesidad del entrevistador de reencontrarse con su propia experiencia cuando alumno de sociología de esa época. Las preguntas son muy vivas en ese tema y el recuerdo está atizado por los actores y protagonistas que menciona el entrevistador.

Puesto que la matriz de preguntas tiene la misma estructura, es tentador comparar las biografías confesadas por los maestros para intentar una contrastación de esas vidas fecundas a fin de explorar sus efectos en el ámbito universitario y en el contexto social del momento. Digo momento, aunque los tres han tenido vidas dilatadas, porque la contingencia de nuestro ser cabe justamente en el instante que se construye. Pero el devenir infinito es la sucesión de esas ondas instantáneas.

El punto de partida

DIMITRI BARRETO, RODRIGO FIERRO, JAIME CHÁVEZ, los tres son militantes de la vida. Los tres volcaron su pasión a procurar vida. Por eso, en los tres se encuentra una vocación de entrega, una donación. Para darse, donarse, los tres acrecentaron permanentemente su espíritu. El aristotélico cuidado de sí fue su práctica constante. Pero los tres concurren a ese encuentro con la vida desde posiciones diferentes. Desde esas posiciones, pugnan por encontrar su sentido, tropiezan, luchan, perseveran, rectifican a veces, se empecinan muchas veces.

Dimitri inocultablemente cree en la solidaridad, en el imperativo de la equidad. Pertenece a una familia incómoda con la injusticia social y asume un compromiso irrevocable con el ideal socialista. Temprano, cuando estudiante, luego como profesor joven, se reconoce su presencia en las luchas contra gobiernos

dictatoriales y arbitrarios. Es actor de programas comunitarios orientados a mejorar las condiciones de vida de trabajadores y vecinos de barrios pobres y periféricos.

Rodrigo cree firmemente que la investigación científica es el recurso de los pueblos latinoamericanos, andinos, para remontar su atraso. Inicia sus estudios universitarios aquí y los continúa en España, donde se encontrará con Gregorio Marañón, su mentor y maestro. Pero también es la España que siguió a la guerra civil, a la derrota republicana, y anidó la dictadura de Franco. Impronta dictatorial profundamente adversa a los tonos socialistas. Paradójicamente, el ambiente académico de Marañón, de corte liberal, pugnaba en un campo minado de hechura fascista. De este ambiente académico emerge Rodrigo. La inspiración liberal de Marañón será definitivamente la fuerza de su espíritu.

Jaime Chávez, contemporáneo de Rodrigo, quiteño, emerge del colegio Mejía, de los tumultuosos años de Arroyo del Río, y se enrola en las protestas estudiantiles. Le molesta la injusticia social y es amigo de los sindicatos. Curioso perfil para uno de los más connotados cirujanos de la ciudad. Además, deportista, futbolista del equipo de Liga Deportiva Universitaria. Arquero por azar. Su biografía brota sencilla y emotiva a lo largo de la entrevista, cuando está por cumplir 85 años. Su evocación es una axiología de entrega y sacrificio sin límites.

Con un pequeño libro de notas largamente preservado, Jaime repasa con el entrevistador los profesores que tuvo en la Facultad de Medicina de la Universidad Central. Ese repaso está matizado con los encuentros de la medicina con otros campos científico-tecnológicos que la han determinado en las últimas décadas. La penicilina, que en la década de los cincuenta del siglo pasado era como un milagro para eliminar las infecciones; el banco de sangre, que inauguró las transfusiones, y los rayos X que instauraron una mirada al interior. Cada cátedra tenía un profesor eminente y de cada profesor una anécdota. También yo, por azar, soy mencionado, cuando el Dr. Chávez habla de su profesor Maximiliano Ontaneda. Este profesor tenía mi apellido materno por lo que el entrevistador me menciona casi de soslayo. El Dr. Chávez me recuerda con aprecio a partir de una elección del Colegio de Médicos en 1979, hace 42 años. En efecto, fui candidato y perdí. Sin embargo, la memoria del Dr. Chávez me concede altivez en la derrota y deja una nota de simpatía para mí. ¡Ah!, tiempo aquél tumultuoso, vertiginoso.

Las pruebas de la vida

Era natural que Dimitri profesional optara por la salud mental. A la época, mediados del siglo pasado, la psiquiatría pugnaba por alcanzar un estatus científico. Las prácticas profesionales se inscribían en dos opciones no excluyentes: la sedación y la ablación cerebral. Había que «normalizar» al insano o neutralizarlo. Si el empeño fracasaba, no había más que la vigilancia, la exclusión y la represión. Los manicomios eran espacios que amontonaban a los desposeídos, a los marginales y a los locos, tal como describe Foucault.

Para Dimitri, esto era intolerable, una psiquiatría gris, tan distante de la dignidad humana, como la entendía Kant: un derecho original a desarrollar una subjetividad inalienable. Original, en el sentido de comprender la mente arraigada en un contexto social de determinaciones múltiples. Una mente que es abstracta en su formulación de conceptos y teorías y material a la vez, pues reposa en un sustrato neuronal de infinita complejidad. Para la época, ya Ramón y Cajal había descrito las pautas básicas de la trama neuronal y había investigaciones notables para empezar la comprensión de los problemas de la neurofisiología.

La comprensión de la dignidad humana condujo a Dimitri a una ruptura con el hospital de hacinamiento y su apertura a la psiquiatría social. Allí, en la sociedad, había que buscar las condiciones que distorsionan y restringen el pensamiento. Lo excluyen, lo marginalizan y lo patologizan. Supo entender muy bien, a la luz de la neurofisiología, que el sustrato neuronal puede sufrir los impactos de esas condiciones y terminar en daños estructurales y funcionales que configuran cuadros de patologías reconocibles. Por eso, prefirió desplazarse a un centro de salud e inaugurar un nuevo enfoque de los estudios de psiquiatría compatibles con la aspiración de dignidad.

El centro de salud periférico se constituyó en escuela de enseñanza para sucesivas generaciones que aprendían a reconocer en la mente individual la impronta social. A partir de allí se desplegaba todo un programa de acción social para generar oportunidades de dignidad y de salud subjetiva. La noción de «loco» cedía el paso a la salud mental como síntesis de una vida personal atravesada por la circunstancia, como diría Ortega y Gasset. El deber del médico: pugnar con la circunstancia y abrir la ocasión para proyectos de vida, para la dignidad. También un sueño en medios tan adversos, que reclaman obsesión de servicio y de entrega. Capacidad de donación y empecinamiento.

Desde otro punto de partida, Rodrigo Fierro también es reclamado por los marginales, excluidos, de capacidad mental restringida. Con su pasión por la explicación científica, pilar de la medicina moderna, la mirada de Rodrigo se dirige a las comunidades indígenas altoandinas, analfabetas, desnutridas. Con el dominio de las técnicas modernas de radioisótopos se propone estudiar el hipotiroidismo que diezmaba a dichas comunidades. Al retornar de España, él ya conocía los estudios que otros investigadores realizaban en distintas regiones del mundo. Con ese conocimiento redescubrió la marginalidad de los indígenas andinos. A punta de persistencia, consiguió organizar un centro de radioisótopos en la Escuela Politécnica Nacional, proeza apoyada por ese rector lúcido de la Politécnica, el 'Orico' Orellana.

Con el paisaje andino saturado de hipotiroideos y con el centro de radioisótopos, a Rodrigo solo le faltaba un equipo de investigadores. Entonces, cobra presencia la Universidad Central donde él impartía capítulos de la Endocrinología. Con su firme liderazgo y la pasión que irradiaban sus gestos, cautivó a algunos jóvenes alumnos que se dispusieron a acompañarlo por ese camino apenas presentido de la investi-

gación. Ellos decidieron vivir con los indígenas y arrancarle al hipotiroidismo su secreto. Empeño de varios años de perseverancia, de entrega, de donación. Poco a poco se develaba el secreto: deficiencia crónica de yodo. Evidencias publicadas en las revistas científicas más exigentes del mundo. Rodrigo, invitado a las citas científicas internacionales más notables. El pequeño país, visible e influyente. El sueño de Benjamín Carrión, una utopía alcanzable. Los suplementos de aceite yodado corregían la deficiencia y la luz de la inteligencia iluminaba las miradas indígenas.

No se podría decir que por esos años de la década de los sesenta y principios de los setenta, Rodrigo vislumbrara el acontecimiento histórico que significó su hallazgo científico. Acontecimiento en el sentido del advenimiento de los pueblos indígenas a la comprensión de su valer colectivo y de su insurgencia en el Estado. Él perseguía tenaz y obsesivamente el mecanismo causal del hipotiroidismo asociado al bocio y al cretinismo endémicos, allí prevalecía su espíritu científico. Otros investigadores ecuatorianos también estaban en esa búsqueda y contendían sin tregua. Años más tarde, una vez instaurada la política de yodación de la sal, cuando el bocio y el cretinismo endémicos casi empezaban a ser anecdóticos, Rodrigo escribió una monografía que resumió sus investigaciones y allí descubrió que había instaurado un horizonte de libertad para esos pueblos. Libertad en el sentido de la potencia del pensar, como diría Agamben. Los movimientos indígenas posteriores serían testimonio de ese cambio. Claro, a despecho de Rodrigo, el pensamiento indígena conserva algunas tradiciones que las piensa incompatibles con el pensamiento científico, una suerte de «barbarie» como él suele repetir.

Jaime Chávez encontró en la cirugía el campo de su donación a los demás. De la mano de César Benítez adquirió la destreza sensible, lo que se llama habilidad, para cortar, tejer y suturar. Pero él ya tenía la actitud ética para comprender que cada puntada es un homenaje a la vida, que allí el médico realiza la plenitud de esta profesión milenaria. Por eso, la entrega no se agotaba en el acto quirúrgico, sino que se extendía al cuidado prodigado en las horas y días y noches posteriores. Entonces resplandecía el hombre de sacrificio sin tregua, de recia e insobornable disciplina.

En el dispensario del Seguro Social, luego en el hospital Carlos Andrade Marín, el Dr. Chávez desplegó toda su capacidad de servicio y ejerció la docencia. Personalidad recia y siempre generosa con sus alumnos, fue una verdadera escuela de cirugía, que agrupó a otros talentosos cirujanos que marcaron una época en ese hospital. Profesor titular de Cirugía de la Universidad Central, reacio a las posiciones y los halagos.

El punto de llegada

Dimitri maduró en su perspectiva social a la que se mantuvo fiel hasta el final. Agnóstico y de pensamiento revolucionario superó los dogmatismos y se adentró en la cultura universal. Escribió varias obras sobre la psiquiatría social. Su obra póstuma sobre el silencio, la sonrisa y el llanto es un metalenguaje universal que expresa

las emociones de la subjetividad moderna. Silencio, sonrisa y llanto, claves de la dignidad humana a la que él sirvió.

Rodrigo, pensador influyente y lector infatigable, advino a la esfera pública como ministro de Salud y luego como columnista del diario *El Comercio*. Su columna nunca descuida el tema de la yodación de la sal y de la provisión de hierro a madres y niños anémicos. Se torna iracundo cuando estas políticas de Estado se tratan con negligencia. También es una antena de los acontecimientos políticos y su ánimo oscila del optimismo y la exaltación a la frustración que le provocan ciertos actores. Su estilo directo y frontal suele incomodar y no ha faltado ocasión de chocar con poderes constituidos. Reiteradamente se declara liberal en el sentido del libre pensar. Esta reiteración es un ejercicio de autoafirmación. Es explicable, su vida en los sesenta estaba en la España de la penumbra, rota con los destellos de Marañón y del viejo Unamuno.

Jaime atesora el recuerdo de las innumerables cirugías que realizó en incontables años, más de 1000 operaciones de estómago, 2000 diapositivas y 28 filmaciones de sus intervenciones quirúrgicas. Una vida a plenitud vivida. Al cerrar la entrevista dice: «Soy católico, pero creo que después de esta vida queda polvo y nada más». Ciertamente, quién puede negar la evidencia del polvo corpóreo, pero quién puede negar la evidencia de la grandeza humana, grandeza que es sucesión interminable de la grandeza individual.

Colofón

Desde distintas posiciones de partida, las tres biografías coinciden en la pasión por servir a la causa de la vida, los tres llegan al punto que marca la contingencia de estar en el mundo, en el límite del olvido una luz inextinguible ilumina la persistencia terca del devenir, para mostrarnos que somos porque llevamos incrustado el hacer y el ser de los otros.

Fernando Sempértegui Ontaneda

Febrero, 2020

Segunda entrega (*Anales 378*)

En este número de *Anales*, Pablo Cuvi nos entrega entrevistas a cinco médicos: FRANKLIN TELLO, FRANK WEILBAUER, JOSÉ DAVID PALTÁN, OLGA GUAYASAMÍN y ALBERTO LÓPEZ SARMIENTO. Ahora el hilo que ata las biografías es la investigación y la innovación. Aunque cada entrevista está teñida con los colores de la vida personal y su decurso, en cada una brota un espíritu científico. Veamos cómo se inscriben estas historias personales en el horizonte de la ciencia universal.

FRANKLIN TELLO, personaje múltiple de la medicina y la política, esmeraldeño de cuño indiscutible, inaugura en el Ecuador las transfusiones sanguíneas. En efecto, realiza la primera transfusión nada más y nada menos que en el embajador de Argentina,

aquejado de una hemorragia gástrica masiva. Tello efectuó la primera prueba de compatibilidad donante-receptor a la cabecera del paciente, donde se habían congregado visitantes a quienes solicitó una muestra de sangre para el test. Allí mismo improvisó una centrifugadora para obtener suero sanguíneo y completó el procedimiento con una jeringa de Jouvé, artefacto francés que conectaba una manguera de caucho entre el brazo del donante y el brazo del receptor, en este caso el embajador. Resultado, el paciente sobrevivió y Franklin Tello fue la figura inaugural de este tratamiento.

Más allá de la anécdota amena contada por el mismo autor, cabe hacer notar que la hematología despuntaba en el horizonte de la medicina. Año 1937, la ciencia experimental instauraba su influencia en la comprensión de los fenómenos de la vida humana. La bioquímica irrumpía en la fisiología fenoménica de Claude Bernard: en las siguientes décadas los procesos metabólicos celulares tendrían rigurosa explicación química. La trasfusión de sangre, pasaba por una prueba bioquímica de compatibilidad, de mecanismo todavía confuso. El paradigma experimental se consolidaba sostenidamente inserto en el desarrollo de otros campos científicos y en los artefactos tecnológicos cada vez más complejos. El primer cambio tecnológico fue en la imagen cuando advinieron los rayos X; luego, el espectrofotómetro, que permitió realizar los primeros análisis sanguíneos para determinar la presencia y concentración de ciertas sustancias, como la glucosa. Pero hasta la década de los setenta del siglo xx la práctica de la medicina seguía dominada por la semiología, es decir, la interpretación del lenguaje de los signos, de origen francés.

En este escenario, emerge la figura austera de FRANK WEILBAUER, el médico que funda la hematología en el Ecuador. Su vida despierta en mí una emoción especial por ciertas conexiones tejidas por el azar. Él es miembro de familia judía que se radica en el Ecuador en los albores de la Segunda Guerra Mundial. Crece y se educa en Quito, primero en el colegio Alemán, luego en el San Gabriel. Su universidad es la Central, donde se gradúa de doctor en Medicina y Cirugía. Por la fecha de su graduación, algunos judíos radicados en Quito habían fundado los Laboratorios Industriales Farmacéuticos Ecuatorianos (Life), empresa que producía medicamentos genéricos e investigaba el desarrollo de nuevos medicamentos. Sus fundadores quedan en la memoria quiteña con nombre impercedero: Alberto Di Capua y Aldo Muggia. Junto a ellos, el joven judío Moselio Schaechter, recién graduado en el colegio Mejía, y el joven médico ecuatoriano Plutarco Naranjo, quien inauguraría la cátedra de Farmacología en la Facultad de Medicina.

Poco después de graduarse, Frank Weilbauer viaja a Alemania, se radica en Múnich y empieza sus estudios de posgrado en Medicina Interna, aunque el jefe de servicio era un hematólogo que trataba a pacientes con leucemia. Allí despertó su vocación. Vivió modestamente, trabajó y estudió arduamente y se divirtió un poco, según propia confesión. Pero sus estudios de hematología los realizó en la Universidad Tufts, en el corazón de Boston. Allí fue asistente de cátedra del profesor Lameshek, un hematólogo notable en la ciencia norteamericana. Era el año 1960.

Veinticinco años más tarde, 1985, estoy invitado por el profesor de Patología, Galo Hidalgo Borja, a dictar una charla introductoria sobre biología molecular a sus alumnos de posgrado. El curso sería dictado por un profesor de Boston, de origen judío, que había crecido en Ecuador y había sido compañero de aulas de Galo. Asómbrese lector, se trataba del joven judío de los laboratorios Life, Moselio Schaechter. Después del colegio Mejía había concluido sus estudios de posgrado en Estados Unidos y su exitosa carrera había proseguido hasta que, en 1985, él era jefe de Biología Molecular de la Universidad Tufts, de Boston, ¡la misma a la que había ido Frank Weilbauer a estudiar Hematología!

Atendí todo el curso que dictó el profesor Schaechter en Quito, una semana. Al final, al despedirlo en el aeropuerto, de repente, me dijo: «Me gustaría que vinieras a Boston». Cuatro meses más tarde, estaba en Boston, en la Universidad Tufts, para un posdoctorado en Biología Molecular. Tenía una beca modesta de la Comisión Fullbright, que él había gestionado. Allí me quedé con mi joven familia, mi esposa y mis tres pequeñas hijas. Años más tarde fui designado Profesor Asociado de esa universidad, nombramiento que aún conservo.

Las vidas están tejidas por el azar. Mientras leía la entrevista de Cuvi a Frank Weilbauer, se agolpaban mis recuerdos de los mismos personajes y los mismos escenarios. Mi mentor, Moselio Schaechter, ya está en sus noventas, retirado. Galo Hidalgo, su condiscípulo y mi amigo, ya está donde la memoria no le da tregua al olvido, está en nosotros.

Frank Weilbauer enseñó en la Facultad de Medicina de la Universidad Central con pasión sigilosa, es decir, con la sutil convicción que persuade. Con la hematología se deslizaba la genética, no había otra forma de entender la anemia de células falciformes y las talasemias. La Genética sería asignatura treinta años más tarde, en 1990, cuando organizamos esa cátedra y la de Inmunología y la de Biología Molecular, en el decanato de Dimitri Barreto.

Frank Weilbauer organizó el laboratorio de Hematología en la Cruz Roja y fue, hasta recientemente, el consultor por excelencia de las enfermedades de la sangre. Innovador y disciplinado. Sus alumnos siguen sus huellas en laboratorios y hospitales. De escucharlo en el aula, despuntó en mí la idea de estudiar la anemia de células falciformes en afrodescendientes de El Juncal. Se trata de la mutación de un gen de la hemoglobina, mutación que por milenios protegió a la población africana del ataque del parásito de la malaria. Es una mutación adaptativa, un ejemplo típico de evolución darwiniana. Trabajé en El Juncal con un equipo de médicos y estudiantes. En cada muestra de sangre, practicamos la electroforesis de la hemoglobina, técnica sencilla que había usado Weilbauer en sus iniciales investigaciones en el colegio. El resultado fue una publicación *Drepanocitosis en El Juncal*, año 1977. Una inspiración de mi profesor Weilbauer.

El profesor JOSÉ DAVID PALTÁN es un vibrante genio de la anatomía humana. Riguroso, exigente y disciplinado, deslumbraba en el aula. La Anatomía anidaba en su

mente con infinitos detalles. De pie, ante la pizarra, armado de tizas de colores, se disponía a una exposición magistral de sapiencia y arte. De su mano, brotaban los elementos anatómicos, prolija, esmeradamente, para componer un cuadro que desplegaba en meticuloso orden órganos, vasos sanguíneos, ganglios, fascias y huesos, era un corte anatómico. Nadie se atrevía a borrar la pizarra.

Había compuesto tempranamente un texto para sus alumnos del colegio Mejía y, luego, otro para alumnos de Odontología que, a poco, pasó a los de Medicina. Su libro se cotejaba muy bien con los clásicos franceses Testut y Rouviere, pero los aventajaba en amenidad de estilo y orden didáctico. Desde luego, no era una anatomía total porque se concentraba en cabeza y cuello, los capítulos más arduos. Además, era de costo asequible para los siempre alcanzados alumnos de la Central.

Profesor exigente, sin concesiones, había convertido su cátedra en una prueba de disciplina y renunciamiento a la que se sometía él y sometía a sus colaboradores y a sus alumnos. Había un ritmo tenso de estudio marcado por las evaluaciones semanales frente a los cadáveres. Los humanos muertos e ignotos eran el libro abierto para el aprendizaje bajo la conducción de los férreos maestros.

José David Paltán vivía la pasión de su ciencia, la estudiaba con esmero y la investigaba sin tregua. A esas alturas los gruesos volúmenes de Testut y Rouviere parecían atestiguar que no había más que añadir al conocimiento de la anatomía. Pero él pensaba lo contrario, que la anatomía es expresión de la base genética común a los humanos, pero que está influenciada por el medio, por las condiciones de vida. Se empeñaba, por tanto, en observar atentamente los órganos en busca de anomalías, como él las llamaba, es decir, detalles anatómicos no descritos. En cierto modo, tal vez sin saberlo, se adscribía a la epistemología de Canguilhem, para quien lo patológico implica una transformación funcional extensa, aunque aparezca radicado en la anatomía de un órgano específico. Se afanaba en medir la longitud del intestino, tan flexuoso, para verificar si las diferencias entre individuos adultos correlacionaban con su estatus nutricional. Un enfoque racionalista basado en la presuposición de que mientras mayor fuere la superficie intestinal de absorción de nutrientes mayor debía ser el efecto en indicadores de nutrición. Esa era una concepción dinámica de la anatomía, la comprensión de que el cuerpo humano es un todo delicadamente integrado.

Paltán inauguró un nuevo horizonte para la anatomía y la fisiología, el entendimiento de su interdependencia. Y por allí incursionó obsesivamente. Realizó estudios en Quito, en condiciones limitadas, pues, no había un ambiente de investigación, y después en Estados Unidos, en la Universidad de Pittsburgh, donde realizó una brillante carrera académica.

OLGA GUAYASAMÍN DE GONZÁLEZ, así la conozco desde hace décadas, de González, una con su marido, Alfredo, una, como ella se reconoce y enfatiza. Nacida de padre colombiano, prima del pintor Oswaldo Guayasamín, ella es Guayasamín por valer propio. Audaz y de recio temple, tempranamente entró en esas aulas de Medicina,

repletas de varones, para mantenerse y crecer en ese diálogo crucial con el otro, con el varón, que poblaba el imaginario de la medicina, el doctor. Presencia inaugural la de Olga, aunque no primera, pues, Matilde Hidalgo ya había señalado el advenimiento de la mujer a la educación superior.

La encontré, apenas graduada, en el servicio de Recién Nacidos que dirigía en la Maternidad Isidro Ayora el ilustre maestro de la pediatría ecuatoriana, Dr. Nicolás Espinosa Román. En buena parte de la entrevista, Olga se refiere a su maestro, a su figura académica, a su exigencia, a su infatigable trabajo. Pero hay que referirse también a su ternura, a su humanismo. La penetración aguda de su ingenio en la relación madre-hijo desde el útero no deriva, en primer lugar, de una operación racional, sino de la ternura, de su entrega. Amaba a las madres, entendía que solo una maternidad sublime pare hijos con destino. Por eso, Espinosa funda la perinatología como un acto de amor. Y le infunde toda la pasión que contagia y seduce. Yo, como interno, acogido por Espinosa, era testigo de su vitalidad.

Era obvio que Olga eligiera la perinatología como especialidad. Obtuvo una beca de la Organización Panamericana de la Salud para tomar el curso con el profesor Caldeyro-Barcia, eminente médico y científico que dirigía en Montevideo el más afamado centro de perinatología de Hispanoamérica. Olga se puso al día en los avances del cuidado de la madre embarazada, del feto, del recién nacido. Ejercitó las técnicas en boga para monitorear el bienestar del feto y los indicadores de riesgo. Precisamente, Caldeyro-Barcia había desarrollado una técnica para insertar un microcatéter en el útero para detectar la contracción uterina y su efecto en la frecuencia cardíaca fetal. Cuando ésta disminuía el abastecimiento de oxígeno fetal era insuficiente. Este procedimiento fue la antesala de los estudios doppler de ultrasonido, un avance de la física ondulatoria. Una evidencia más de que la medicina se inscribe en la encrucijada de diversas ciencias.

Olga realizaría una exigente tesis de especialidad, mediante la evaluación del crecimiento fetal, abnegado trabajo de medir y evaluar a los niños recién nacidos hasta tener un número estadísticamente representativo. Así se elaboran curvas de referencia para evaluar el estatus del crecimiento de un niño en particular. De regreso en Ecuador, ganó una plaza de perinatología en el hospital del Seguro Social y volvió a estar cerca de su maestro Espinosa, quien había pasado a dirigir el servicio de Pediatría de ese hospital. Por décadas, Olga se mantuvo fiel a la perinatología y se convirtió en experta en la fisiología de la placenta. En ese órgano, radican los delicados procesos de la relación con la madre que dan cuenta del estado fetal. La fina trama de vasos sanguíneos de ese órgano está modulada por moléculas diversas que ahora se pueden estudiar mediante técnicas bioquímicas sofisticadas. En fin, ese es otro hito de la medicina moderna.

ALBERTO LÓPEZ SARMIENTO, el más joven de los entrevistados, tiene a su haber una trayectoria sobresaliente. Dotado de innata simpatía, ha destacado como líder e innovador. La entrevista de Pablo Cuvi lo lleva a la década de los setenta del siglo

pasado en la Universidad Central, como alumno de Medicina. No fue ajeno al vendaval de la historia que agitaba esos años Ecuador y América Latina. Visionario y estudioso, pensó que la universidad era un recinto para el examen de los problemas sociales y para la discusión fundamentada. De hablar tinoso, entendió que las diferencias de pensamiento debían ser, al mismo tiempo, posibilidad de entendimiento. Así vivía su práctica de líder. Una elección burlada le privó de dirigir la principal organización de los estudiantes.

Fiel a su vocación, estudió la medicina con ahínco, de la mano de los ilustres maestros de esos años, Augusto Bonilla, Nicolás Espinosa, Frank Weilbauer, Raúl Vaca. Una vez graduado, cumplió su servicio rural en Muisne y Atacames. Y, entonces, se adentró en la cirugía, inspirado por su maestro Bonilla y por la reciedumbre del cirujano Jaime Chávez. La entrevista muestra cómo el espíritu de Alberto fue modelado por estos mentores. No solo desarrolló la excelencia profesional de un cirujano de excepcional calificación, sino la textura moral del médico auténtico que convierte cada acto en un testimonio de entrega de vida, de donación. Miles de pacientes han sometido su dolencia a la mano prodigiosa y sutil de este maestro. Sí, porque él ha formado otros médicos que multiplican sus dones.

Alberto ha sido actor de los cambios e innovaciones de la cirugía en el Ecuador. Los cambios de técnicas son incesantes y el cirujano no puede distanciarse de ellos, debe estudiarlos, ensayarlos, replicarlos. Son cambios que emergen de las nuevas comprensiones de la patología. Heredero de la cirugía de Halsted, de grandes heridas y mucha sangre, la cirugía «muy sensorial», en su expresión, a la cirugía mínima y sutil, la laparoscópica. Ya atisba la robótica. Todas estas «interfaces» inscritas en los desarrollos científico-tecnológicos de la física ondulatoria y de partículas que ha permitido el desarrollo del ultrasonido, la tomografía, la resonancia magnética, la computación, la cibernética y la inteligencia artificial.

Colofón

Rodrigo Fierro Benítez, Dimitri Barreto, Jaime Chávez Estrella, Franklin Tello, Frank Weilbauer, José David Paltán, Olga Guayasamín de González y Alberto López Sarmiento, son vidas consagradas a otras vidas, ejercicio sublime de lo humano a plenitud. Médicos, estudiosos, investigadores, innovadores. Quedan en la revista *Anales*, en el número 378, que se publica precisamente cuando la Universidad Central del Ecuador cumple 400 años desde sus orígenes en la Universidad San Gregorio Magno. Aquí, en estas páginas, su memoria inspirará a las nuevas generaciones, se mantendrá viva.

Fernando Sempértegui Ontaneda

Septiembre, 2021